

INFO SS.CC. HERMANAS N°42 – 20 DE FEBRERO 2017

CELEBRAR LA FIDELIDAD DE DIOS



“El agradecimiento es la memoria del corazón” (Lao Tse). El agradecimiento para que sea auténtico tiene que estar inspirado en la gratitud, esta emoción que surge en respuesta al reconocimiento de un bien recibido. La gratitud es un sentimiento puro, profundo y poderoso; es capaz de transformar nuestra actitud, nuestro ánimo y nuestra manera de entender y acoger la realidad que nos rodea.

“El agradecimiento es la memoria del corazón” (Lao Tse).

Todo el mes de enero de este año, pero especialmente la última semana, ha sido una ocasión privilegiada, para hacer memoria agradecida de la presencia de Dios en la vida y misión de nuestra Congregación, y para celebrar su fidelidad y amor incondicional.

El proceso que estamos viviendo como Congregación, nos ha llamado a iniciar una nueva etapa, una nueva experiencia. Pero no podíamos iniciar esta nueva etapa, sin mirar el pasado y agradecer lo vivido. Mirar el pasado de forma personal y comunitaria, ha supuesto reconocer con inmensa alegría y gratitud, la presencia fiel de Dios en nuestra vida y misión SS.CC. Ha sido un maravilloso tiempo para valorar, reconocer, agradecer y celebrar.

Dios sigue siendo fiel a su Proyecto para con nosotras. La fidelidad de Dios es verdadera y la hemos experimentado muchas veces.

Por lo ecos recibidos, es fácil reconocer y valorar, como cada Provincia, Delegación y PPC, ha celebrado con gozo la fidelidad de Dios en nuestro caminar congregacional, contemplando con corazón agradecido lo vivido y disponiéndose de la mejor manera para comenzar con un corazón abierto esta nueva etapa del camino. En este INFO, se recogen con gran alegría

algunas de estas vivencias. Frente al futuro que se nos abre por delante, quizás hay muchos interrogantes sin responder, pero hay una verdad segura a la que tenemos que adherirnos fuertemente: Dios sigue siendo fiel a su proyecto para con nosotras. La fidelidad de Dios es verdadera y la hemos experimentado muchas veces.

También ha sido un momento para evocar, agradecer y celebrar la fidelidad de Dios con nuestros Fundadores, *“En sus manos estamos, lo que Dios guarda está bien cuidado; valor y paciencia porque todo se arregla: Dios está con nosotras”* (BM). Una fidelidad palpable a lo largo de más de 200 años de historia de nuestra Congregación, y que, a pesar de nuestras debilidades, incoherencias, dudas, deserciones... Él sigue apostando por nosotras, para que continuemos construyendo su Reino de Amor, allí donde Él nos necesite y envíe. Como dice San Pablo: *“si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo”* (2Tim 2,13). En nuestra historia de Congregación, incluso en tiempos de fragilidad y oscuridad, nunca nos ha faltado la presencia fiel y misericordiosa del Señor. *“Pero el Señor es fiel, Él los afianzará y los protegerá”* (2Tes 3,3).

Celebrar la fidelidad de Dios en nuestra vida, nos aleja de caer en la tentación de la melancolía y de pensar que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Recordar y agradecer esta experiencia del Amor de Dios, nos lleva a mantener viva nuestra identidad SS.CC., fortalecer la unidad de la familia religiosa a la que pertenecemos, sentirnos parte de esta familia y comprometernos con su misión. La fuerza que Dios les ha dado a las hermanas que nos han precedido, para entregar su vida hasta el final; nos la da también a nosotras, para pasar haciendo el bien allí donde la misión nos llama; dejando a Dios que Él sea el protagonista y cantando como Martín Valverde: *“Tu fidelidad es grande, tu fidelidad incomparable es, nadie como Tú, bendito Dios, grande es tu fidelidad”*.

Recordar y agradecer esta experiencia del Amor de Dios, nos lleva a mantener viva nuestra identidad SS.CC.

Es hermoso hacer memoria agradecida de tantas hermanas... valientes, audaces y fieles... que con su fecundidad apostólica recrearon el carisma allí donde fueron enviadas.

Es hermoso hacer memoria agradecida de tantas hermanas que, sostenidas por la fidelidad del Amor de Dios en sus vidas, en varios momentos de nuestra historia congregacional, emprendieron un camino de éxodo en distintas direcciones, haciendo posible la presencia de la Congregación en los lugares donde nos encontramos ahora. Mujeres valientes, audaces y fieles a su vocación de adoratrices reparadoras, que con su fecundidad apostólica recrearon el carisma allí donde fueron enviadas. Este es el testimonio que hemos recibido, y que nos impulsa a seguir siendo portadoras de un carisma que tiene mucho que aportar al mundo de hoy; *«Ustedes no solamente tienen una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Pongan los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu los impulsa, para seguir haciendo con ustedes grandes cosas»* (VC).

Recordar juntas y agradecer el camino recorrido, nos da la oportunidad de celebrar la vida y de recibir gracia y bendición. *“Marca bien el camino por el cual has viajado”* (Jer 31,21). Marcar el camino y hacer memoria de él, nos permite reconocer y celebrar la fidelidad de Dios. Nuestra fe se fortalece al reconocer el amor perdurable de Dios por nosotras, un amor tejido en la tela de nuestra historia, *“el amor del Señor no tiene fin, ni se han agotado sus bondades; ¡qué grande es su fidelidad!”* (Lam 3,22-23).

Nuestra fe se fortalece al reconocer el amor perdurable de Dios por nosotras, un amor tejido en la tela de nuestra historia

Es esta nueva etapa del camino de Congregación que hemos iniciado, Jesús nos lanza a la aventura de una vida nueva, diferente, renovada. Él nos promete que no nos dejará solas, que el Espíritu que salió del Padre y que habita en Él, nos habita también a nosotras. Este Espíritu encarna la fidelidad de Dios, Él es nuestra

fuerza. *“Ustedes no recibieron un espíritu de esclavos, para incurrir en el miedo. Ustedes han recibido un espíritu propio de los hijos, que nos permite exclamar: ¡Abba!, o sea: ¡Padre! Este Espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (Rm 8,9-16). Estamos llamadas a vivir según el Espíritu, a dejarnos guiar por Él y a dar frutos según el Espíritu. El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Gal. 5, 22).*

A la luz de todo lo que hemos vivido y estamos viviendo, nos hace mucho bien traer a nuestra memoria y a nuestro corazón la presencia de María. Ella es nuestro modelo en el seguimiento del Señor, su vida fue una respuesta fiel a la fidelidad del Amor de Dios. Juan Pablo II, al ahondar en la Anunciación-Encarnación, decía que hay cuatro dimensiones en la fidelidad de María. Dimensiones que hoy las podemos hacer nuestras:

La búsqueda: nos lleva a preguntarnos por el sentido profundo del designio divino para nosotras y para el mundo.

La acogida: es la aceptación, la adhesión de todo nuestro ser al designio misterioso que se nos revela.

La coherencia: consiste en ajustar la propia vida a la razón de nuestra adhesión. Es aceptar incomprendiones o pruebas, antes de permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree.

La constancia: ser coherente toda la vida, en los momentos de alegría como en los momentos dolorosos.

Que la certeza de la fidelidad de Dios en nuestra vida y en nuestras comunidades, sea la razón que nos anima para vivir en fidelidad nuestra vocación y consagración a los Sagrados Corazones, y para ser signos creíbles del amor misericordioso de Dios entre aquellos a quienes servimos diariamente. Dejemos que nuestra historia de cada día, sea transformada por el Señor en una verdadera historia de salvación.